

ct

Salento

de
Albert Tola

(fragmento en castellano)

*La puerta del cementerio de un pueblecito de mar. Crepúsculo.
Lucía sale del cementerio y se queda de pié. Viste un sencillo pero sobrio traje beige.
Se oye el rumor del mar; que se oirá todo el tiempo. A menudo cuando Beatriz calle,
ascenderá el batir del oleaje para volver a descender después. Sobre el sonido del
mar, pasos que andan sobre el suelo de grava, puertas de coches que se cierran.
Chirrido de una puerta de hierro.
Beatriz sale del cementerio. Lleva un elegante y clásico traje-chaqueta negro y
grandes y magníficas gafas de sol. Sonríe y se despide de gente.
De nuevo, chirridos de la puerta de hierro, puertas de coches que se cierran, pasos
sobre la grava. Los coches arrancan y se van con el murmullo característico de las
ruedas sobre la grava de la entrada de los cementerios.
Beatriz se sienta en el banco de la izquierda. Se quita las gafas de sol.*

BEATRIZ

Pocas cosas hay tan dolorosas en el mundo como un ojo incapacitado para el llanto, que se esfuerza salvajemente por llorar, a excepción de un corazón seco, que se esfuerza salvajemente por sentir. Mis ojos eran unos ojos y un corazón que se esforzaban por recordar los acontecimientos del día: el trajín de mi madre y de mi hermana buscando un vestido negro para mi hermana en los armarios de la casa, la llegada de mi tía trayendo un vestido negro para mi madre, y el modo cómo me había encerrado en la habitación a comer galletas compulsivamente. “Sí, no”, me decía a mí misma enfurruñada, “ésta familia es terrorífica, absolutamente apestosa, horriblemente lamentable. Realmente ahora no necesito esto en mi vida.” Lo único que me venía espontáneamente eran las ganas de reír. Me rodeaban, estáticos, y yo caminaba de un lado a otro, arrebatadamente, y arrebatadoramente, y les miraba a todos a la cara, y me preguntaba cómo podían estar tan quietos, tan formales, por qué no se ponían a bailar o a pegarse golpes como viejos camaradas de la vida, o bien a gemir o a arrancarse los pelos de la cabeza, o por qué no se echaban a correr por el cementerio a pleno pulmón. Ni siquiera la música de funeral, que era vomitada por unos trombones carnavalescos, convertía el funeral en algo más natural, lo dulcificaba un poco. El hecho de que mi padre fuera el muerto en cuestión tampoco lo convertía en menos repugnante, sino todo lo contrario, lo precipitaba en un vodevil deleznable.

*Se oye el último ruido de pasos sobre la grava, de una puerta de coche que se cierra.
Beatriz se gira. El motor arranca y el coche se va.*

Todos miraban fijamente mis ojos esperando el momento preciso en que empezaría a llorar. El funeral resultaba repulsivo, pero soportable para un alma mediterránea media como la mía, hasta que llegó ella. Mi tía había elegido incluso este momento de la vida de nuestra familia para hacerse esperar. Era la única, excepto yo, que no llevaba gafas de sol, para que todos viéramos cuanto fingía que lloraba. Obviamente empezó a llover, y riachuelos de rimel simulaban lágrimas por las mejillas de mis sobrinas y de mis primas. Los músicos se fueron a zancadas, y dejaron en su lugar un radiocasette con el Réquiem de Mozart -en la grabación, el director musical era de tercera. Mis pobres familiares, horrorizados por tener que enfrentarse durante un par de horas a mi tía y a mí, miraban los ojos prietos de mi tía y mis ojos secos, mis ojos secos, y los ojos prietos de mi tía, y así sucesivamente, hasta descansar la mirada en el ataúd.

Lucía se sienta en el banco de la derecha.

Pero tras ese breve descanso sobre el sepulcro, mis simpáticos y tolerantes familiares se reaniman y clavan de nuevo su mirada en mis ojos, secos como el corazón de mi padre. Al cabo de poco, hasta el deprimente Réquiem se acaba. Entiendo que no hay vuelta atrás. O lloro ahora, o me sumo para siempre ante mi familia en la ignominia.

Lucía se acaricia el cuello.

Me acuerdo de que tengo en el bolsillo del abrigo las gafas de sol que he usado la noche anterior.

Beatriz le guiña el ojo.

Me las pongo fingiendo que oculto una gran conmoción, de modo que puedo asistir cómodamente al resto del funeral como todos los demás que, más astutos que yo, han venido con las gafas de sol puestas de casa, para ocultar detrás de sus cristales lo que en realidad todos supimos en el momento en el que a mi padre le diagnosticaron su cáncer, que nadie iba a llorar en su entierro. No te retengo, ¿sabes?, puedes largarte cuando quieras. De hecho, puedo seguir hablando sola y no va a cambiar nada. Ni siquiera cuando llegamos a los nichos llora nadie. Ningún silencio se acentúa por el crujido de ningún sollozo irreprimible. Nadie llora, me repito una y otra vez, ni siquiera yo, ni siquiera mi hermana. Lo único que crepita fláccidamente con un cierto calor vital, con un pequeño palpito rosáceo, son las mejillas cubiertas de lágrimas de mi madre. “Nadie llora, nadie llora, ni siquiera mi hermana, ni siquiera yo.” Los hijos del marqués venido a menos, con el que mi padre jugaba a las cartas en las tardes en que los ojos le resplandecían de whisky y de tristeza, llegan en ese momento, mientras los enterradores manchan de cemento la noble madera de caoba del ataúd de papá. Se disculpan sonoramente en el momento más inapropiado, completamente insensibles a nuestra solemnidad, más ruines que mezquinos. Ellos tampoco lloran. Nadie, nadie llora. Cuando sellan el nicho, respiro hondo y sonrío.

Lucía recorre con una mirada lánguida la figura de Beatriz. Se pasa las manos por el pelo.

Mi hermana me ha mirado cómo si se hubiera dado cuenta, creo que su mirada era cómplice. Cómo no se ha atrevido a coger mi mano, ha cogido la suya propia. He repasado uno a uno los rostros de mis primos y de mis primas, de mis tíos y de mis tías, de mis sobrinos y de mis sobrinas, y de mis primos segundos, y me he parado antes de llegar al rostro de mi hermana, mi gran incógnita durante el funeral. Las gafas de sol sólo alcanzan a ocultar la indiferencia de los ojos de las personas, pero dejan la indiferencia de todo su vasto rictus al descubierto. En esas bocas, en esas mejillas y en esas frentes no se dibuja el menor ángulo ni la menor arruga de dolor. “Ni siquiera los hijos del marqués venido a menos lloran. Nadie intenta salvar la dignidad del funeral.” Me aterroriza mirar el rostro de mi hermana y descubrir que es tan indolente y gelatinoso como el de todos los demás. Deseo fervientemente encontrarlo árido y arrasado por las lágrimas, pero cuando me enfrento a él es tan inexpresivo como el mío. Y pienso: “¡Qué pesada!”

Lucía se levanta. Beatriz la observa, tensa. Lucía entra en el cementerio y saca una corona funeraria, que apoya en la pared. Arranca de ella una magnolia. La huele intensamente. Se la coloca a Beatriz en la oreja. Beatriz se alivia. Lucía se sienta

con ella en el banco de la izquierda. Le acaricia el pelo.

...qué bien... Cómo había dejado de llover, los trombones volvieron a salir para vomitar blasfemamente esa típica música de funeral sobre nuestras cabezas. Qué horror. Es fascinante hasta qué punto una puede odiar a los que le rodean, cuando unos trombonistas de funeraria escupen sus notas sobre el cemento fresco del nicho de tu padre. Y, sin embargo, Lucía, en ése preciso momento, me acordé de aquel verano de sol, mar y tierra roja en el Salento, cuando mi madre y mi padre todavía se besaban en la boca.

Lucía saca una botella de coca-cola de su bolsa y se la ofrece a Beatriz, que niega furiosa con la cabeza. Silencio. Lucía bebe de su coca-cola, la vuelve a cerrar y la vuelve a meter en el bolso.

¡Pero no estoy sobre un acantilado, reconociendo el color de los ojos de Ulises en el agua, ni nada por el estilo, sino en el cementerio de un pueblo de provincias! No me atrevo a mirar el rostro de mi hermana, ese rostro que habitualmente detesto, pero que esta mañana en casa he detestado más que nunca, porque ha logrado sacar lo peor de mí, cómo tampoco me atrevo a mirar el rostro de Eugenio. Está a mi lado durante el funeral, siguiéndome de un lado a otro, sereno y poderoso, pero roto por dentro. Eugenio no ha sido testigo de cómo mi familia me ha destrozado la mañana, de cómo han frustrado el dolor por la muerte de mi padre, de cómo mi hermana se ha mofado con su comportamiento de mi fragilidad. Me observa. Me sigue. Me intenta entender. Pero no me entiende.

Lucía se quita la grava del zapato.

¿...a tí te parece que es momento...? Por la mañana, mis familiares han despedazado el dolor por la muerte de mi padre con una frivolidad negligente, han descuartizado el dolor por la muerte de mi padre hasta secar mis ojos y me han frustrado y han desequilibrado mi débil sistema nervioso con su ir y venir en busca de ropa, de maquillaje, de sombreros con plumas, de sombreros sin plumas, de mantillas y de negros mantones de manila, con su llamar por teléfono para contarles a las amigas la novedad, con su ir a comprar y cocinar el refrigerio para después del entierro, mientras repetían “escojemos salmón o escojemos caviar, o mejor nos limitamos a unas olivas y unas patatitas”. ¡Y mi único consuelo ha sido tragarme histriónicamente dos cajas de galletas!

Coge la flor de su oreja, la muerde y la tira brutalmente.

¡Qué pereza, este luto!